PABLO NERUDA

CREPUSCULARIO



ESPA PDF

Con Crepusculario, Pablo Neruda, el gran poeta chileno, distinguido en 1971 con el Premio Nobel, ingresa en su remota adolescencia en el gran mundo de las letras. En este libro inicial, publicado en 1923, un año antes de su célebre Veinte poemas de amor y una canción desesperada, el sentimiento lírico cobra dimensiones de estremecido fulgor, de tal modo que poemas como «Farewell» figuran en las antologías de la canción amatoria y pasional. Libro que tiene, pues, las substancias del «puro producto, alimentos vegetales, celestes o

terrestres, poesías…» según el mismo poeta lo señaló.



Pablo Neruda

Crepusculario

(1920-1923)

ePub r1.0

Titivillus 11.11.15

Pablo Neruda, 1923

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

A Juan Gandulfo
este libro de otro tiempo

HELIOS Y LAS CANCIONES

INICIAL

He ido bajo Helios, que me mira
sangrante
laborando en silencio mis jardines
ausentes.

Mi voz será la misma del
sembrador que cante
cuando bote a los surcos
siembras de pulpa
ardiente.

Cierro, cierro los labios, pero en
rosas tremantes
se desata mi voz, como el agua en
la fuente.

Que si no son pomposas, que si no
son fragantes,
son las primeras rosas —hermano
caminante—
de mi desconsolado jardín
adolescente.

ESTA IGLESIA NO TIENE…

Esta iglesia no tiene lampadarios
votivos,
no tiene candelabros ni ceras
amarillas
no necesita el alma de vitrales
ojivos
para besar las hostias y rezar de
rodillas.

El sermón sin inciensos es como
una semilla
de carne y luz que cae temblando al
surco vivo;

el Padre-Nuestro, rezo de la vida
sencilla,
tiene un sabor de pan frutal y
primitivo…

Tiene un sabor de pan. Oloroso pan
prieto
que allá en la infancia blanca
entregó su secreto
a toda alma fragante que lo quiso
escuchar…

Y el Padre Nuestro en medio de la
noche se pierde,
corre desnudo sobre las heredades
verdes
y todo estremecido se sumerge en el

mar…

PANTHEOS

Oh pedazo, pedazo de miseria, ¿en
qué vida
tienes tus manos albas y tu cabeza
triste?
... Y tanto andar, y tanto llorar las
cosas idas
sin saber qué dolores fueron los que
tuviste.

Sin saber qué pan blanco te nutrió,
ni qué duna
te envolvió con su arena, te fundió
en su calor,
sin saber si eres carne, si eres sol,
si eres luna,

sin saber si sufriste nuestro mismo
dolor.

Si estás en este árbol o si lloras
conmigo
¿qué es lo que quieres, pedazo de
miseria y amigo
de la cansada carne que no quiere
perderte?

Si quieres no nos diga de qué
racimo somos,
no nos digas el cuándo, no nos diga
el cómo,
pero dinos adónde nos llevará la
muerte…

VIEJO CIEGO, LLORABAS…

Viejo ciego, llorabas cuando tu vida era
buena, cuando tenías en tus ojos el sol:
pero si ya el silencio llegó, ¿qué es lo que esperas,
qué es lo que esperas, ciego, qué esperas del dolor?

En tu rincón semejas un niño que naciera
sin pies para la tierra, sin ojos para el mar,

y como las bestias entre la noche
ciega
sin día y sin crepúsculo —se cansan
de esperar.

Porque si tú conoces el camino que
lleva
en dos o tres minutos hacia la vida
nueva,
viejo ciego ¿qué esperas, qué
puedes esperar?

Y si por la amargura más bruta del
destino,
animal viejo y ciego, no sabes el
camino,
ya que tengo dos ojos te lo puedo

enseñar.

EL NUEVO SONETO A HELENA

Cuando estés vieja, niña (Ronsard
ya te lo dijo),
te acordarás de aquellos versos que
yo decía.
Tendrás los senos tristes de
amamantar tus hijos,
los últimos retoños de tu vida
vacía…

Yo estaré tan lejano que tus manos
de cera
ararán el recuerdo de mis ruinas
desnudas.

Comprenderás que puede nevar en
Primavera
y que en la Primavera las nieves
son más crudas.

Yo estaré tan lejano que el amor y
la pena
que antes vacié en tu vida como un
ánfora plena
estarán condenados a morir en mis
manos…

Y será tarde porque se fue mi
adolescencia,
tarde porque las flores una vez dan
esencia
y porque aunque me llames yo

estaré tan lejano…

SENSACIÓN DE OLOR

Fragancia
de lilas…

Claros atardeceres de mi lejana
infancia
que fluyó como el cauce de unas
aguas tranquilas.

Y después un pañuelo temblando en
la distancia.
Bajo el cielo de seda la estrella que
titila.

Nada más. Pies cansados en las
largas errancias

y un dolor, un dolor que remuerde y
se afila.

... Y a lo lejos campanas,
canciones, penas, ansias,
vírgenes que tenían tan dulces las
pupilas.

Fragancia
de lilas...

IVRESSE

Hoy que danza en mi cuerpo la
pasión de Paolo
y ebrio de un sueño alegre mi
corazón se agita:
hoy que sé la alegría de ser libre y
ser solo
como el pistilo de una margarita
infinita;

oh mujer —carne y sueño—, ven a
encantarme un poco,
ven a vaciar tus copas de sol en mi
camino.
Que en mi barco amarillo tiemblen
tus senos locos

y ebrios de juventud, que es el más
bello vino.

Es bello porque nosotros lo
bebemos
en estos temblorosos vasos de
nuestro ser
que nos niegan el goce para que lo
gocemos.
Bebamos.
Nunca dejemos de beber.

Nunca, mujer, rayo de luz, pulpa
blanca de poma,
suavices la pisada que no te hará
sufrir.
Sembremos la llanura antes de arar

la loma.
Vivir será primero, después será
morir.

Y después que en la ruta se apaguen
nuestras huellas
y en el azul paremos nuestras
blancas escalas
—flechas de oro que atajan en vano
las estrellas—,
oh Francesca, hacia dónde te
llevarán mis alas!

MORENA, LA BESADORA

Cabellera rubia, suelta,
corriendo como un estero,
cabellera.

Uñas duras y doradas,
flores curvas y sensuales,
uñas duras y dorada.

Comba del vientre, escondida,
y abierta como un fruta
o una herida.

Dulce rodilla desnuda
apretada en mis rodillas,
dulce rodilla desnuda.

Enredadera de pelo
entre la oferta redonda
de los senos.

Huella que dura en el lecho,
huella dormida en el alma,
palabras locas.

Perdidas palabras locas:
rematarán mis canciones,
se morirán nuestras bocas.

Morena, la Besadora,
rosal de todas las rosas
en una hora.

Besadora dulce y rubia,

me iré,
te irás, Besadora.

Pero aún tengo la aurora
enredada en casa sien.

Bésame, por eso, ahora,
bésame, Besadora,
ahora y en la hora
de nuestra muerte.
Amén.

ORACIÓN

Carne doliente y machacada,
raudal de llanto sobre cada
noche de jergón malsano;
en esta hora yo quisiera
ver encantarse mis quimeras
a flor de labio, pecho y mano,
para que desciendan ellas
—las puras y únicas estrellas
de los jardines de mi amor—
en caravanas impolutas
sobre 1.1s almas de las putas
de estas ciudades del dolor.

Mal del amor, sensual laceria;
campana negra de miseria;

rosas del lecho de arrabal,
abierto al mal como un camino
por donde va el placer y el vino
desde la gloria al hospital.

En esta hora en que las lilas
sacuden sus hojas tranquilas
para botar el polvo impuro
vuela mi espíritu intocado,
traspasa el huerto y el vallado,
abre la puerta, salta el muro;

y va enredando en su camino
el mal dolor, el agrio sino
y desnudando la raigambre
de las mujeres que lucharon
y que cayeron

y pecaron
y murieron
bajo los látigos del hambre.

No sólo es seda lo que escribo,
que el verso hito sea vivo
como recuerdo en tierra ajena
para alumbrar la mala suerte
de los que van hacia la muerte
coligo la sangre por las venas.

De los que van desde la vida
rotas las manos doloridas
en todas las zarzas ajenas;
de los que en estas lloras quietas
no tienen madres ni poetas
para la pena.

Porque la frente en esta hora
se dobla y la mirada llora
saltando dolores y muros
en esta hora en que las lilas
sacuden sus hojas tranquilas
para botar el polvo impuro.

EL ESTRIBILLO DEL TURCO

Flor el pantano vertiente la roca;
tu alma embellece lo que toca.

La carne pasa, tu vida queda
toda en mi verso de sangre o de
seda.

Hay que ser dulce sobre todas las
cosas;
más que un chacal vale una
mariposa.

Eres gusano que labra y opera;
para ti crecen las verdes moreras.

Para que tejas tu seda celeste
la ciudad parece tranquila y
agreste.

Gusano que labras, de pronto eres
viejo;
¡el dolor del mundo crispa tus
artejos!

A la muerte tu alma desnuda se
asoma,
¡y le brotan alas de águila y
paloma!

Y guarda la tierra tus vírgenes
actas,
hermano gusano, tus sedas intactas.

¡Vive en el alba y el crepúsculo,
adora el tigre y el corpúsculo,
comprende la polea y el músculo!

Que se te vaya la vida, hermano,
no en lo divino sino en lo humano,
no en las estrellas Sino en tus
manos.

Que llegará la noche y luego
serás de tierra, de viento o de
fuego.

Por eso deja que todas tus puertas
se cimbren, a todos los vientos
abiertas.

Y de tu huerta al viajero convida,
¡dale al viajero la flor de tu vida!

Y no seas duro, ni parco, ni terco,
¡sé una frutaleda sin garfios ni
cercos!

Dulce hay que ser y darse a todos,
para vivir no hay otro modo
de ser dulces. Darse a las gentes
como a la tierra las vertientes.

Y no temer. Y no pensar.
Dar
para volver a dar.

Que quien se da no se termina

porque hay en él pulpa divina.

Como se dan sin terminarse,
hermano mío,
al mar las aguas de los ríos

Que mi canto en tu vida dore lo que
deseas.
Tu buena voluntad torne en luz lo
que miras.
Que tu vida así seas.

—¡Mentira, mentira, mentira!

EL CASTILLO MALDITO

Mientras camino la acera va
golpeándome los pies,
el fulgor de las estrellas me va
rompiendo los ojos.
Se me cae un pensamiento como se
cae una mies
del carro que tambaleando raya los
pardos rastrojos.

Oh pensamientos perdidos que
nunca nadie recoge,
si la palabra se dice, la sensación
queda adentro;
espiga sin madurar, Satanás le
encuentre troje

¡que yo con los ojos rotos no le busco ni le encuentro!

Que yo con los ojos rotos sigo una ruta sin fin…
¿Por qué de los pensamientos, por qué de la vida en vano?
Como se muere la música si se deshace el violín,
no moveré mi canción cuando no mueva mis manos.

Alto de mi corazón en la explanada desierta
donde estoy crucificado como el dolor en un verso.
... Mi vida es un gran castillo sin

ventanas y sin puertas
y para que tú no llegues por esta
senda,
la tuerzo.

FAREWELL Y LOS SOLLOZOS

FAREWELL

1

Desde el fondo de ti, y arrodillado,
un niño triste, como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus
venas
tendrían que amarrarse nuestras
vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos,
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra

veré en los tuyos lágrimas un día.

2

Yo no lo quiero, Amada.

Para que nada nos amarre
que no nos una nada.

Ni la palabra que aromó tu boca,
ni lo que no dijeron las palabras.

Ni la fiesta de amor que no tuvimos,
ni tus sollozos junto a la ventana.

3

(Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

Dejan una promesa.
No vuelven nunca más.

En cada puerto una mujer espera:
los marineros besan y se van.

Una noche se acuestan con la
muerte
en el lecho del mar.

4

Amo el amor que se reparte
en besos, lecho y pan.

Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse
para volver a amar.

Amor divinizado que se acerca
Amor divinizado que se va).

5

Ya no se encantarán mis ojos en tus
ojos,

ya no se endulzará junto a ti mi
dolor.

Pero hacia donde vaya llevaré tu
mirada
y hacia donde camines llevarás mi
dolor.

Fui tuyo, fuiste mía. Qué más?
Juntos hicimos
un recodo en la ruta donde el amor
pasó.

Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del
que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he
sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste: pero
siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé hacia
dónde voy.

... Desde tu corazón me dice adiós
un niño.
Y yo le digo adiós.

EL PADRE

Tierra de sembradura inculta y
brava,
tierra en que no hay esteros ni
caminos
mi vida bajo el Sol tiembla y se
alarga.

Padre, tus ojos dulces nada pueden,
como nada pudieron las estrellas
que me abrasan los ojos y las
sienes.

El mal de amor me encegueció la
vista
y en la fontana dulce de mi sueño

se reflejó otra fuente estremecida.

Después... Pregunta a Dios por qué
me dieron
lo que me dieron y por qué después
supe una soledad de tierra y cielo.

Mira, mi juventud fue un brote puro
que se quedó sin estallar y pierde
su dulzura de sangres y de jugos.

El sol que cae y cae eternamente
se cansó de besarla... Y el otoño.
Padre, tus ojos dulces nada pueden.

Escucharé en la noche tus
palabras... niño, mi niño...
Y en la noche inmensa

seguiré con mis llagas y tus llagas.

EL CIEGO DE LA PANDERETA

Ciego, ¿siempre será tu ayer
mañana?
¿Siempre estará tu pandereta pobre
estremeciendo tus manos
crispadas?

Yo voy pasando y veo tu silueta
y me parece que es tu corazón
el que se cimbra con tu pandereta.

Yo pasé ayer y supe tu dolor,
dolor que siendo yo quien lo ha
sabido,
es mucho mayor.

No volveré por no volverte a ver,
pero mañana tu silueta negra
estará como ayer;

la mano que recibe
los ojos que no ven,
la cara parda, lastimosa y triste,
golpeando en cada salto la pared.

Ciego —Ya voy pasando y ya te
miro—
y de rabia y dolor —¡qué sé yo qué!
—
algo me aprieta el corazón,
el corazón y la sien.

¡Por tus ojos que nunca han mirado

cambiara yo los míos que te ven!

AMOR

Mujer, yo hubiera sido tu hijo, por
beberte
la leche de los senos como de un
manantial,
por mirarte y sentirte a mi lado y
tenerte
en la risa de oro y la voz de cristal.

Por sentirte en mis venas como
Dios en los ríos
y adorarte en los tristes huesos de
polvo y cal,
porque tu ser pasara sin, pena al
lado mío,
y saliera en la estrofa —limpio de

todo mal—.

... Cómo sabría amarte, mujer
como sabría
amarte, amarte como nadie supo
jamás.
Morir y todavía
amarte más.
Y todavía
amarre más
y más.

BARRIO SIN LUZ

¿Se va la poesía de las cosas
o no la puede condensar mi vida?
Ayer mirando el último crepúsculo
yo era un manchón de musgo entre
unas ruinas.

Las ciudades hollines y venganzas,
la cochinada gris de los suburbios,
la oficina que encorva las espaldas,
el jefe de ojos turbios.

Sangre de un arrebol sobre los
cerros,
sangre sobre las calles y las plazas,
dolor de corazones rotos,

podre de hastíos y de lágrimas.

Un río abraza el arrabal
como una mano helada que tienta
en las tinieblas:
sobre sus aguas se avergüenzan
de verse las estrellas.

Y las casas que esconden los deseos
detrás de las ventanas luminosas,
mientras afuera el viento
lleva un poco de barro a cada rosa.

Lejos… la bruma de las olvidanzas
humos espesos, tajamares rotos,
y el campo, ¡el campo verde!, en
que jadean

los bueyes y los hombres sudorosos.

Y aquí estoy yo, brotado entre las
ruinas,
mordiendo solo todas las tristezas,
como si el llanto fuera una semilla
y yo el único surco de la tierra.

PUENTES

Puentes —arcos de acero azul
adonde vienen
a dar su despedida los que pasan,
—por arriba los trenes,
—por abajo las aguas,
enfermo de seguir un largo viaje
que precipia, que sigue y nunca
acaba.
Cielos —arriba cielos,
y pájaros que pasan
sin detenerse, caminando como
los trenes y las aguas.

¿Qué maldición cayó sobre
vosotros?

¿Qué esperáis en la noche densa y
larga
con los brazos abiertos como un
niño
que muere a la llegada de su
hermana?

¿Qué voz de maldición pasiva y
negra
sobre vosotros extendió sus alas,
para hacer que siguieran
el viaje que no acaba
los paisajes, la vida, el sol, la
tierra,
los trenes y las aguas,
mientras la angustia inmóvil del
acero

se hunde más en la tierra y más la clava?

MAESTRANZAS DE NOCHE

Hierro negro que duerme, fierro
negro que gime
por cada poro un grito de
desconsolación.

Las cenizas ardidas sobre la tierra
triste,
los caldos en que el bronce derritió
su dolor.

Aves de qué lejano país
desventurado
graznaron en la noche dolorosa y
sin fin?

Y el grito se me crispa como un
nervio enroscado
o como la cuerda rota de un violín.

Cada máquina tiene una pupila
abierta
para mirarme a mí.

En las paredes cuelgan las
interrogaciones,
florece en las bigornias el alma de
los bronces
y hay un temblor de pasos en los
cuartos desiertos.

Y entre la noche negra —
desesperadas— corren

y sollozan las almas de los obreros muertos.

AROMOS RUBIOS EN LOS CAMPOS DE LONCOCHE

La pata gris del Malo pisó estas
pardas tierras,
hirió estos dulces surcos, movió
estos cuervos montes,
rasguñó las llanuras guardadas por
la hilera
rural de las derechas alamedas
bifrontes.

El terraplén yacente removió su
cansancio,
se abrió como una mano

desesperada el cerro,
en cabalgatas ebrias galopaban las nubes
arrancando de Dios, de la tierra y del cielo.

El agua entró en la tierra mientras la tierra huía
abiertas las entrañas y anegada la frente:
hacia los cuatro vientos, en las tardes malditas,
rodaban —ululando como tigres— los trenes.

Yo soy una palabra de este paisaje muerto,

yo soy el corazón de este cielo
vacío:
cuando voy por los campos, con el
alma en el viento,
mis venas continúan el rumor de los
ríos.

¿A dónde vas ahora? —Sobre el
cielo la greda
del crepúsculo, para los dedos de la
noche.
No alumbraban estrellas… A mis
ojos se enredan
aromos rubios en los campos de
Loncoche.

GRITA

Amor, llegado que hayas a mi fuente
lejana,
cuida de no morderme con tu voz de
ilusión;
que mi dolor oscuro no se muera en
tus alas,
que en tu garganta de oro no se
ahogue mi voz.

Amor —llegado que hayas
a mi fuente lejana,
sé turbión que desuella,
sé rompiente que clava.

Amor deshace el ritmo

de mi aguas tranquilas;
sabe ser el dolor que retiemblan y
que sufre,
sábeme ser la angustia que se
retuerce y grita.

No me des el olvido.
No me des la ilusión.
Porque todas las hojas que a la
tierra han caído
me tienen amarillo de oro el
corazón.

Amor —llegado que hayas
a mi fuente lejana,
tuérceme las vertientes,
críspame las entrañas.

Y así una tarde —Amor de manos
crueles—,
arrodillado, te daré las gracias.

LOS JUGADORES

Juegan, juegan.
Agachados, arrugados, decrépitos.

Este hombre torvo
junto a los mares de su patria, más
lejana que el sol,
cantó bellas canciones.

Canción de la belleza de la tierra,
canción de la belleza de la Amada,
canción, canción
que no precisa fin.

Este otro de la mano en la frente,
pálido como la última hoja de un

árbol,
debe tener hijas rubias
de carne apretada,
granada,
rosada.

Juegan, juegan.

Los miro entre la vaga bruma del
gas y el humo.
Y mirando estos hombres sé que la
vida es triste.

LOS CREPÚSCULOS DE MARURI

LA TARDE SOBRE LOS TEJADOS

La tarde sobre los tejados
cae
y cae…
Quién le dio para que viniera
alas de ave?

Y este silencio que lo llena
todo,
desde qué país de astros
se vino solo?

Y por qué esta bruma
—plúmula trémula—;
beso de lluvia

—sensitiva—

cayó en silencio —y para siempre—
sobre mi vida?

SI DIOS ESTÁ EN MI VERSO

Perro mío,
Si Dios está en mis versos,
Dios soy yo.

Si Dios está en tus ojos doloridos,
tú eres Dios.
¡Y en este mundo inmenso nadie
existe
que se arrodille ante nosotros dos!

AMIGO

1

Amigo, llévate lo que tú quieras,
penetra tu mirada en los rincones
y si así lo deseas, yo te doy mi alma
entera
con sus blancas avenidas y sus
canciones.

2

Amigo —con la tarde haz que se

vaya
este inútil y viejo deseo de vencer.

Bebe de mi cántaro si tienes sed.

Amigo —con la tarde haz que se
vaya
este deseo mío de que todo el rosal
me pertenezca,

Amigo
si tienes hambre come de mi pan.

3

Todo, amigo, lo he hecho para ti.

Todo esto
que sin mirar verás en mi estancia
desnuda:
todo esto que se eleva por los
muros derechos
—como mi corazón— siempre
buscando altura.

Te sonríes —amigo… ¡Qué importa!
Nadie sabe
entregar en las manos lo que se
esconde adentro,
pero yo te doy mi alma, ánfora de
mieles suaves,
y todo te lo doy… Menos aquel
recuerdo…
… Que en mi heredad vacía aquel

amor perdido,
es una rosa blanca, que se abre en
el silencio…

MARIPOSA DE OTOÑO

La mariposa volotea
y arde —con el sol—; a veces.

Mancha volante y llamarada,
ahora se queda parada
sobre una hoja que la mece.

Me decían: —No tienes nada.
No estás enfermo. Te parece.

Yo tampoco decía nada.
Y pasó el tiempo de las mieses.

Hoy una mano de congoja

llena de otoño el horizonte.
Y hasta de mi alma caen hojas.

Me decían: —No tienes nada.
No estás enfermo. Te parece.

Era la hora de las espigas.
El sol, ahora,
convalece.

Todo se va en la vida, amigos.
Se va o perece.

Se va la mano que te induce.
Se va o perece.

Se va la rosa que desates.
También la boca que te bese.

El agua, la sombra y el vaso.
Se va o perece.

Pasó la hora de las espigas.
El sol, ahora, convalece.

Su lengua tibia me rodea.
También me dice: —Te parece.

La mariposa volotea,
revolotea,
y desaparece.

SAUDADE

Saudade —¿Qué será?... yo no sé...
lo he buscado
en unos diccionarios empolvados y
antiguos
y en otros libros que no me han
dado el significado
de esta dulce palabra de perfiles
ambiguos.

Dicen que azules son las montañas
como ella,
que en ella se oscurecen los amores
lejanos,
y un noble y buen amigo mío (y de
las estrellas)

la nombra en un temblor de trenzas
y de manos.

Y hoy en Eça de Queiroz sin mirar
la adivino,
su secreto se evade, su dulzura me
obsede
como una mariposa de cuerpo
extraño y fino
siempre lejos —¡tan lejos!— de mis
tranquilas redes.

Saudade… Oiga, vecino, ¿sabe el
significado
de esta palabra blanca que como un
pez se evade?
No… Y me tiembla en la boca su

temblor delicado...

Saudade...

DAME LA MAGA FIESTA

Dios —¿de dónde sacaste para
encender el cielo
este maravilloso crepúsculo de
cobre?
Por él supe llenarme de alegría de
nuevo
y la palabra dura supe tornarla
noble.

Entre las llamaradas amarillas y
verdes
se alumbró el lampadario de un sol
desconocido,
que rasgó las azules llanuras del
Oeste

y volcó en las montañas, sus fuentes
y sus ríos.

Dame la maga fiesta. Dios, déjala
en mi vida,
dame los fuegos tuyos para
alumbrar la tierra,
deja en mi corazón tu lámpara
encendida
y yo seré el aceite de su lumbre
suprema.

Y me iré por los campos en la noche
estrellada,
con los brazos abiertos y la frente
desnuda,
cantando aires ingenuos con las

mismas palabras
que en la noche se dicen los campos
y la luna.

ME PEINA EL VIENTO LOS CABELLOS

Me peina el viento los cabellos
como una mano maternal,
abro la puerta del recuerdo
y el pensamiento se me va.

Son otras voces las que llevo,
es de otros labios mi cantar,
¡hasta mi gruta de recuerdos
tiene una extraña claridad!

Frutos de tierras extranjeras,
olas azules de otro mar,
amores de otros hombres, penas
que no me atrevo a recordar.

¡Y el viento, el viento que me peina
como una mano maternal!

Mi verdad se pierde en la noche
¡no tengo noche ni verdad!

Tendido en medio del camino
deben pisarme para andar.

Pasan por mi sus corazones
ebrios de vino y de soñar.

Yo soy un puente inmóvil entre
tu corazón y la eternidad.

¡Si me muriera de repente
no dejaría de cantar!

NO LO HABÍA MIRADO

No lo había mirado y nuestros
pasos
sonaban juntos.

Nunca escuché su voz y mi voz iba
llenando el mundo.

Y hubo un día de sol y mi alegría
en mí no cupo.

Sentí la angustia de cargar la
nueva
soledad del crepúsculo.

Lo sentí junto a mí, brazos

ardiendo,
limpio, sangrante, puro.

Y mi dolor, bajo la noche negra
entró en su corazón.

Y vamos juntos.

MI ALMA ES UN CARROUSEL VACÍO EN EL CREPÚSCULO

Aquí estoy con mi pobre cuerpo
frente al crepúsculo
que entinta de oros rojos el cielo de
la tarde:
mientras entre la niebla los árboles
obscuros
se libertan y salen a danzar por las
calles.

Yo no sé por qué estoy aquí, ni
cuando vine
ni por qué la luz roja del Sol lo

llena todo:
me basta con sentir frente a mi
cuerpo triste
la inmensidad de un cielo de luz
teñido de oro,

la inmensa rojedad de un sol que ya
no existe,
el inmenso cadáver de una tierra ya
muerta,
y frente a las astrales luminarias
que tiñen el cielo,
la inmensidad de mi alma bajo la
tarde inmensa.

HOY, QUE ES EL CUMPLEAÑOS DE MI HERMANA

Hoy, que es el cumpleaños de mi
hermana, no tengo
nada que darle, nada. No tengo
nada, hermana.
Todo lo que poseo siempre lo llevo
lejos.
A veces hasta mi alma me parece
lejana.

Pobre como una hoja amarilla de
otoño
y cantor como un hilo de agua

sobre una huerta:
los dolores, tú sabes cómo me caen
todos
como al camino caen todas las
hojas muertas.

Mis alegrías nunca las sabrás,
hermanita,
y mi dolor es ése, no te las puedo
dar:
vinieron como pájaros a posarse en
mi vida,
una palabra dura las haría volar.

Pienso que también ellas me
dejarán un día,
que me quedaré solo, como nunca

lo estuve.
Tú lo sabes, hermana, la soledad
me lleva
hacia el fin de la tierra como el
viento a las nubes!

Pero para qué es esto de
pensamientos tristes!
A ti menos que a nadie debe afligir
mi voz!
Después de todo nada de esto que
digo existe…
No vayas a contárselo a mi madre,
por Dios!

Uno no sabe cómo va hilvanando
mentiras,

y uno dice por ellas, y ellas hablan
por uno.
Piensa que tengo el alma toda llena
de risas,
y no te engañarás, hermana, te lo
juro.

MUJER, NADA ME HAS DADO

Nada me has dado y para ti mi vida
deshoja su rosal de desconsuelo,
porque ves estas cosas que yo miro,
las mismas tierras y los mismos
cielos,

porque la red de nervios y de venas
que sostiene tu ser y tu belleza
se debe estremecer al beso puro
del sol, del mismo sol que a mi me
besa.

Mujer, nada me has dado y sin
embargo

a través de tu ser siento las cosas:
estoy alegre de mirar la tierra
en que tu corazón tiembla y reposa.

Me limitan en vano mis sentidos
—dulces flores que se abren en el
viento—
porque adivino el pájaro que pasa
y que mojó de azul tu sentimiento.

Y sin embargo no me has dado
nada,
no se florecen para mi tus años,
la cascada de cobre de tu risa
no apagará la sed de mis rebaños.

Hostia que no probó tu boca fina,

amador del amado que te llame,
saldré al camino con mi amor al
brazo
como un vaso de miel para el que
ames.

Ya ves, noche estrellada, canto y
copa
en que bebes el agua que yo bebo,
vivo en tu vida, vives en mi vida,
nada me has dado y todo te lo debo.

TENGO MIEDO

Tengo miedo. La tarde es gris y la
tristeza
de cielo se abre como una boca de
muerto.
Tiene mi corazón un llanto de
princesa
olvidada en el fondo de un palacio
desierto.

Tengo miedo— Y me siento tan
cansado y pequeño
que reflejo la tarde sin meditar en
ella.
(En mi cabeza enferma on ha de
caber un sueño

así como en el cielo no ha cabido
una estrella).

Sin embargo en mis ojos una
pregunta existe
y hay un grito en mi boca que mi
boca no grita,
No hay oído en la tierra que oiga
mi queja triste
abandonada en medio de la tierra
infinita!

Se muere el universo de una calma
agonía
sin la fiesta del sol o el crepúsculo
verde.
Agoniza Saturno como una pena

mía,
la tierra es una fruta negra que el
cielo muerde.

Y por la vastedad del vacío van a
ciegas
las nubes de la tarde, como barcas
perdidas
que escondieran estrellas rotas en
sus bodegas.

Y la muerte del mundo cae sobre mi
vida.

VENTANA AL CAMINO

CAMPESINA

Entre los surcos tu cuerpo moreno
es un racimo que a la tierra llega.
Torna los ojos, mírate los senos,
son dos semillas ácidas y ciegas.

Tu carne es tierra que será madura
cuando el otoño te tienda las
manos,
y el surco que será tu sepultura
temblará, temblará, como un
humano

al recibir tus carnes y tus huesos
—rosas de pulpa con rosas de cal—
rosas que en el primero de los besos

vibraron como un vaso de cristal.

La palabra de qué concepto pleno
será tu cuerpo? ¡No lo he de saber!
Torna los ojos, mírate los senos,
tal vez no alcanzarás a florecer.

AGUA DORMIDA

Quiero saltar al agua para caer al cielo.

SINFONÍA DE LA TRILLA

Sacude las épicas eras
un loco viento festival.
¡Ay yeguayeguaa!...
Como un botón en Primavera
se abre un relincho de cristal.

Revienta la espiga gallarda
bajo las patas vigorosas.
¡Ay yeguayeguaa!...
¡Por aumentar la zalagarda
trillarían las mariposas!
Maduros trigos amarillos,
campos expertos en donar.
¡Ay yeguayeguaa!...
Hombres de corazón sencillo.

¿Qué más podemos esperar?

Éste es el fruto de tu ciencia
varón de la mano callosa.
¡Ay yeguayeguaa!...
¡Sólo por falta de paciencia
las copihueras no dan rosa!

Sol que cayó a racimos sobre el
llano,
ámbar del Sol, quiero divinizarte
en la flor, en el grano y en el vino.
Amor sólo me alcanza para amarte,
¡para divinizarte, hazme divino!

Que la tierra florezca en mis
acciones

como en el jugo de oro de las viñas,
que perfume el dolor de mis
canciones
como un fruto olvidado en la
campiña.

Que trascienda mi carne a
sembradura
ávida de brotar por todas partes,
que mis arterias lleven agua pura,
¡agua que canta cuando se reparte!

Yo quiero estar desnudo en las
gavillas,
pisando por los cascos enemigos,
yo quiero abrirme y entregar
semillas

de pan ¡yo quiero ser de tierra y
trigo!

Yo di licores rojos y dolientes
cuando trilló el Amor mis avenidas,
ahora daré licores de vertiente
y aromaré los valles con mi herida.

Campo, dame tus aguas y tus rocas,
entiérrame en tus surcos, o recoge
mi vida en las canciones de tu boca
como un grano de trigo de tus
trojes…

Dulcifica mis labios con tus mieles
¡campo de los recónditos panales!

Perfúmame a manzanas y laureles,

desgráname en los últimos
trigales…

Lléname el corazón de cascabeles,
¡campo de los lebreles pastorales!

Rechinchan por las carreteras
los carros de vientres fecundos.
¡Ay yeguayeguaa!…
¡La llamarada de las eras
es la cabellera del mundo!

Va un grito de bronce removiendo
las bestias que trillan sin tregua
en un remolino tremendo…
¡Ay yeguayeguaa!…

PLAYA DEL SUR

La dentellada del mar muerde
la abierta pulpa de la costa
donde se estrella el agua verde
contra la arena silenciosa.

Parado cielo y lejanía.
El horizonte, como un brazo,
rodea la fruta encendida
del sol cayendo en el ocaso.

Frente a la furia del mar son
inútiles todos los sueños.
¿Para qué decir la canción
de un corazón que es tan pequeño?

Sin embargo es tan vasto el cielo
y rueda el tiempo, sin embargo.
¡Tenderse y dejarse llevar
por este viento azul y amargo!...

Desgranado viento del mar,
sigue besándome la cara.
¡Arrástrame, viento del mar,
adonde nadie me esperara!

A la tierra más pobre y dura
llévame, viento, entre tus alas,
así como llevas a veces
las semillas de las hierbas malas.

Ellas quieren rincones húmedos,
surcos abiertos, ellas quieren

crecer como todas las hierbas,
¡yo sólo quiero que me lleves!

Allá estaré como aquí estoy,
adonde vaya estaré siempre
con el deseo de partir
y con la mano en la frente…

Ésa es la pequeña canción
arrullada en un vasto sueño.
¿Para qué decir la canción
si el corazón es tan pequeño?

Pequeño frente al horizonte
y frente al mar enloquecido.
¡Si Dios gimiera en esta playa,
nadie oiría sus gemidos!

A mordiscos de sal y espuma
borra el mar mis últimos pasos…
La marea desata ahora
su cinturón, en el ocaso.

Y una bandada raya el cielo
como una nube de flechazos…

MANCHA EN TIERRAS DE COLOR

Patio de esta tierra luminoso patio
tendido a la orilla del río y del mar.

Inclinado sobre la boca del pozo
del fondo del pozo me veo brotar

como en una instantánea de sesenta
cobres
distante y movida. Fotógrafo pobre,

el agua retrata mi camisa suelta
y mi pelo de hebras negras y
revueltas.

Un alado piño de pájaros sube
como un escalera de seda, una
nube.

Y —asomando detrás de la cerca
sencilla,
cabeza amarilla, como maravilla,

como el corazón de la siesta en la
trilla
rubia como el alma de las
manzanillas,

veo a veces, gloria del paisaje seco,
la cabeza de Laura Pacheco.

POEMA EN DIEZ VERSOS

Era mi corazón un ala viva y turbia
y pavorosa ala de anhelo.

Era la Primavera sobre los campos
verdes.
Azul era la altura y era esmeralda
el suelo.

Ella —la que me amaba— se murió
en Primavera.
Recuerdo aún sus ojos de paloma
en desvelo.

Ella —la que me amaba— cerró los
ojos. Tarde.

Tarde de campo, azul. Tarde de alas
y vuelos.

Ella —la que me amaba— se murió
en Primavera.
Y se llevó la primavera al cielo.

EL PUEBLO

La sombra de este monte protector
y propicio,
como una manta indiana fresca y
rural me cubre;
bebo el azul del cielo por mis ojos
sin vicio
como un ternero mama la leche de
las ubres.

Al pie de la colina se extiende el
pueblo, y siento,
sin quererlo, el rodar de los
tranways urbanos;
una iglesia se eleva para clavar el
viento,

pero el muy vagabundo se le va de
las manos.

Pueblo, eres triste y gris. Tienes las
calles largas,
y un olor de almacén por tus calles
pasea.
El agua de tus pozos la encuentro
más amarga.
Las almas de tus hombres me
parecen más feas.

No saben la belleza de un surtidor
que canta,
ni del que la trasvasa floreciendo
un concepto.
Sin detenerse, como el agua en la

garganta.
Desde sus corazones se va el verso
perfecto.

El pueblo es gris y triste. Si estoy
ausente pienso
que la ausencia parece que lo
acercara a mí.
Regreso, y hasta el cielo tiene un
bostezo inmenso.
Y crece en mi alma un odio, como el
de antes, intenso.

Pero ella vive aquí.

PELLEAS Y MELISANDA

MELISANDA

Su cuerpo es una hostia fina,
mínima y leve.
Tiene azules los ojos y las manos de
nieve.

En el parque los árboles parecen
congelados,
los pájaros en ellos se detienen
cansados.

Sus trenzas rubias tocan el agua
dulcemente
como dos brazos de oro brotados de
la fuente.

Zumba el vuelo perdido de las
lechuzas ciegas.
Melisanda se pone de rodillas —y
ruega.

Los árboles se inclinan hasta tocar
su frente.
Los pájaros se alejan en la tarde
doliente.

Melisanda, la dulce, llora junto a
la fuente.

EL ENCANTAMIENTO

Melisanda, la dulce, se ha
extraviado de ruta,
Pelleas, lirio azul de un jardín
imperial,
se la lleva en los brazos, como un
cesto de fruta.

EL COLOQUIO MARAVILLADO

PELLEAS.

Iba yo por la senda, tú venías por
ella,
mi amor cayó en tus brazos, tu
amor tembló en los míos.
Desde entonces mi cielo de noche
tuvo estrellas
y para recogerlas se hizo tu vida un
río.
Para ti cada roca que tocarán mis
manos
ha de ser manantial, aroma, fruta y

flor.

MELISANDA.

Para ti cada espiga debe apretar su
grano
y en cada espiga debe desgranarse
mi amor.

PELLEAS.

Me impedirás, en cambio, que yo
mire la senda
cuando llegue la muerte para
dejarla trunca.
Melisanda.
Te cubrirán mis ojos como una
doble venda.

PELLEAS.

Me hablarás de un camino que no
termine nunca.
La música que escondo para
encantarte huye
lejos de la canción que borbota y
resalta;
como una vía láctea mi pecho fluye.

MELISANDA.

En tus brazos se enredan las
estrellas más altas.
Tengo miedo. Perdóname por no
haber llegado antes.

PELLEAS.

Una sonrisa tuya borra todo un
pasado;
guardan tus labios dulces lo que ya
está distante.

MELISANDA.
En un beso sabrás todo lo que he
callado.

PELLEAS.
Tal vez no sepa entonces conocer tu
caricia,
porque en las venas mías tu ser se
habrá confundido.

MELISANDA.
Cuando yo muerda un fruto tú

sabrás su delicia.

PELLEAS.

Cuando cierres los ojos me quedaré dormido.

LA CABELLERA

Pesada, espesa y rumorosa,
en la ventana del castillo
la cabellera de la Amada
es un lampadario amarillo.

—Tus manos blancas en mi boca.
—Mi frente en tu frente lunada.
Pelleas, ebrio, tambalea
bajo la selva perfumada.

—Melisanda, un lebrel aúlla
por los caminos de la aldea.
—Siempre que aúllan los lebreles
me muero de espanto, Pelleas.

—Melisanda, un corcel galopa
cerca del bosque de laureles.
—Tiemblo, Pelleas, en la noche
cuando galopan los corceles.

—Pelleas, alguien me ha tocado
la sien con una mano fina.

—Sería un beso de tu amado
o el ala de una golondrina.

En la ventana del castillo
en un lampadario amarillo
la milagrosa cabellera.

Ebrio, Pelleas, enloquece,
su corazón también quisiera

ser una boca que la bese.

LA MUERTE DE MELISANDA

A la sombra de los laures
Melisanda se está muriendo.

Se morirá su cuerpo leve.
Enterrarán su dulce cuerpo.

Juntarán sus manos de nieve.
Dejarán sus ojos abiertos

para que alumbren a Pelleas
hasta después que se haya muerto.

A la sombra de los laureles
Melisanda muere en silencio.

Por ella llorará la fuente
un llanto trémulo y eterno.

Por ella orarán los cipreses
arrodillados bajo el viento.

Habrá galope de corceles,
lunarios ladridos de perros.

A la sombra de los laureles
Melisanda se está muriendo.

Por ella el sol en el castillo
se apagará como un enfermo.

Por ella morirá Pelleas
cuando la lleven al entierro.

Por ella vagará de noche,
moribundo por los senderos.

Por ella pisará las rosas,
perseguirá las mariposas
y dormirá en los cementerios.

Por ella, por ella, por ella
Pelleas, el príncipe, ha muerto.

CANCIÓN DE LOS AMANTES MUERTOS

Ella era bella y era buena.

¡Perdonalá, Señor!

Él era dulce y era triste.

¡Perdonaló, Señor!

Se dormía en sus brazos blancos
como una abeja en una flor.

¡Perdonaló, Señor!

Amaba las dulces canciones,

¡ella era una dulce canción!

¡Perdonalá, Señor!

Cuando hablaba era como si
alguien
hubiera llorado en su voz.

¡Perdonaló, Señor!

Ella decía: «—Tengo miedo».
«Oigo una voz en lo lejano».

¡Perdonalá, Señor!

Él decía: «—Tu pequeñita
mano en mis labios».

¡Perdonaló, Señor!

Miraban juntos las estrellas.
No hablaban de amor.

Cuando moría una mariposa
lloraban los dos.

¡Perdonalós, Señor!

Ella era bella y era buena.
Él era dulce y era triste.
Murieron del mismo dolor.

Perdónalos,
Perdónalos,
¡Perdonalós, Señor!

FINAL

Fueron creadas por mí estas
palabras
con sangre mía, con dolores míos,
fueron creadas!
Yo lo comprendo, amigos, yo lo
comprendo todo.
Se mezclaron voces ajenas a las
mías,
yo lo comprendo, amigos!
Como si yo quisiera volar y a mí
llegaran
en ayuda las alas de las aves,
todas las alas,
así vinieron estas palabras

extranjeras
a desatar la oscura ebriedad de mi
alma

Es el alba, y parece
que no se apretaran las angustias
en tan terribles nudos en torno a la
garganta.
Y sin embargo,
fueron creadas,
con sangre mía, con dolores míos,
fueron creadas por mí estas
palabras!

Palabras para la alegría
cuando era mi corazón
una corola de llamas;

palabras del dolor que clava,
de los instintos que remuerden,
de los impulsos que amenazan,
de los infinitos deseos,
de las inquietudes amargas,
palabras del amor, que en mi vida
florece
como una tierra roja llena de
umbelas blancas.
No cabían en mí. Nunca cupieron.
De niño mi dolor fue grito
y mi alegría fue silencio.

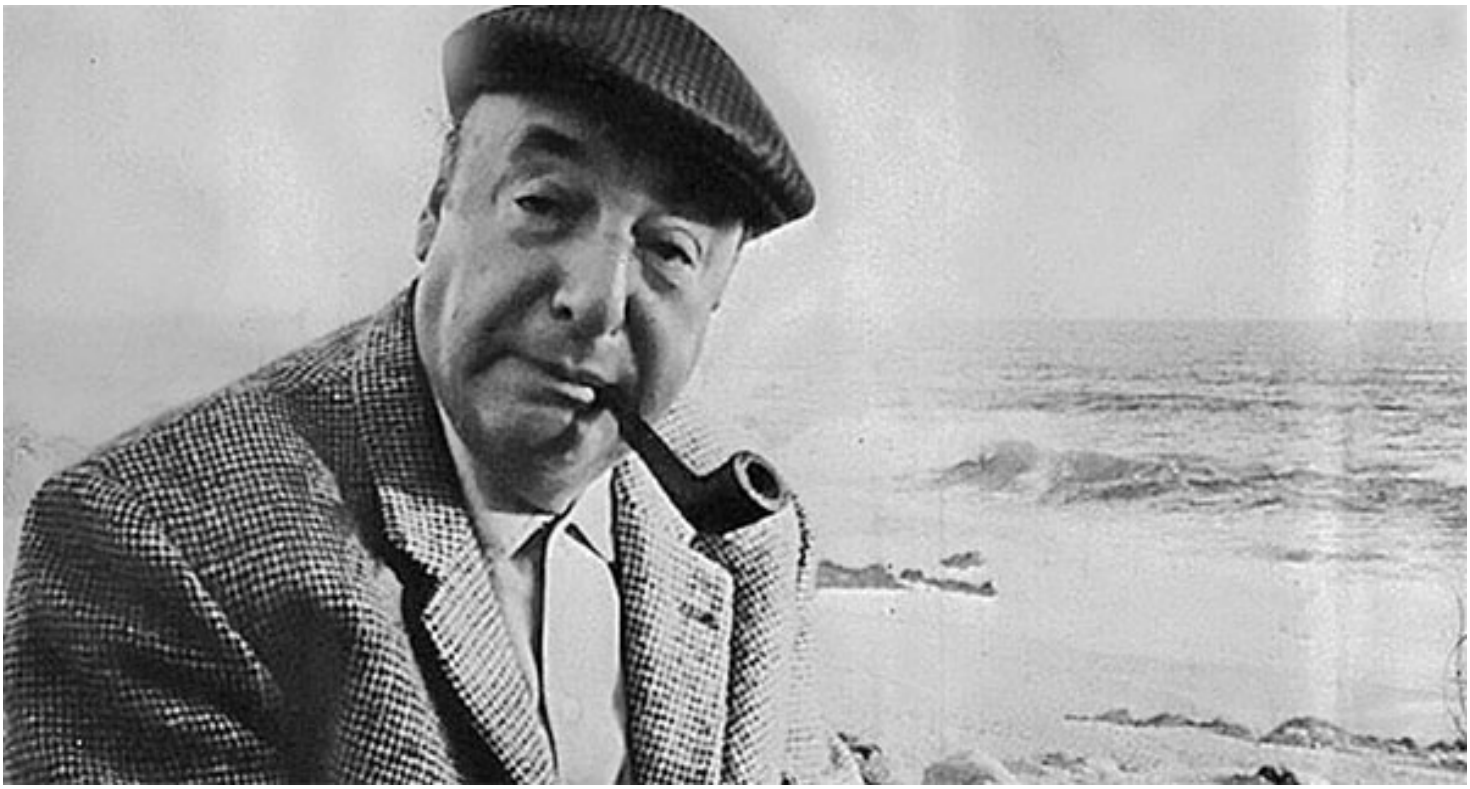
Después los ojos
olvidaron las lágrimas
barridas por el viento del corazón
de todos.

Ahora, decidme, amigos,
dónde esconder aquella aguda
furia de los sollozos.

Decidme, amigos, dónde
esconder el silencio, para que
nunca nadie,
lo sintiera con los oídos o con los
ojos.

Vinieron las palabras, y mi corazón,
incontenible como un amanecer,
se rompió en las palabras y se
apegó a su vuelo,
y en sus fugas heroicas lo llevan y
lo arrastran,
abandonado y loco, y olvidado bajo

ellas
como un pájaro muerto, debajo de
sus alas.



PABLO NERUDA, nacido y muerto en Chile (Parral, 1904 - Santiago, 1973), ha sido sin duda una de las voces más altas de la poesía mundial de nuestro tiempo. Desde el combate directo o desde la persecución y el exilio valerosamente arrostrados, la trayectoria del poeta, que en 1971

obtuvo el premio Nobel, configura, a la vez que la evolución de un intelectual militante, una de las principales aventuras expresivas de la lírica en lengua castellana, sustentada en un poderío verbal inigualable, que de la indiscriminada inmersión en el mundo de las fuerzas telúricas originarias se expandió a la fusión con el ámbito natal americano y supo cantar el instante amoroso que contiene el cosmos, el tiempo oscuro de la opresión y el tiempo encendido de la lucha. Una mirada que abarca a la vez la vastedad de los seres y el abismo interior del lenguaje: poeta total, Neruda pertenece ya a la tradición más viva de nuestra mayor poesía.